

Alfred Bernhard Nobel

(1838-1896)

Emmanuel Monnier

Ingeniero químico nacido en Estocolmo, se educó en San Petersburgo, París y los EE.UU. Trabajó en la fábrica de explosivos que su padre **Immanuel** tenía en San Petersburgo, con cuyos productos equipó al Zar en la guerra de Crimea.

En 1859 montó en Suecia, a su regreso, una fábrica de nitroglicerina. Cinco años más tarde, en 1864, una explosión accidental produjo la muerte de su hermano menor, suceso que le hizo reflexionar sobre la forma de hacer más seguro el manejo del producto. En 1866 descubrió que el líquido es absorbido y estabilizado por el *tripali* (tierra de infusorios), idea que patentó al año siguiente en Gran Bretaña con el nombre de *dinamita*.

En 1876, patentó la dinamita gelatinizada, gelatina explosiva o *gelignita*, solución coloidal de nitrocelulosa en nitroglicerina estabilizada por un absorbente.

En 1884 registró una nueva patente consistente en un método para la destilación continua del petróleo, que, posteriormente se convertiría en la base de la industria del petróleo en Rusia.

En 1888 patentó una pólvora sin humo a la que denominó *balistita*, también derivada de la nitroglicerina y con aplicación notoriamente militar.

La fabricación de explosivos (llegó a tener hasta 15 fábricas en distintos países) y la explotación de yacimientos petrolíferos en Bakú le permitieron amasar una gran fortuna.

En el mismo año 1888, tuvo la ocasión de leer en una publicación francesa la noticia del fallecimiento de **M. Nobel** "el comerciante de la muerte". Por error, los periodistas parisinos se habían equivocado de persona ya que se trataba de su hermano Ludvig, magnate del petróleo ruso...

Pero este error de unos periodistas ávidos de "informar" y tal vez deseados de enterrarle antes de tiempo



(nunca le quisieron demasiado), pudo haber influido en su decisión de consagrar una parte fundamental de su fortuna a la creación de sus famosos premios. No deseaba que la imagen que de él tuviera la posteridad fuera la de negociante en pólvora de cañón y, como personalmente era persona de gran modestia, sus descendientes siempre se preguntaron cómo un comportamiento tan discreto en medio de tan gran fortuna pudo desembocar en tan sorprendente decisión...

Pero volvamos unos años atrás cuando se iba consolidando su imagen de favorecer las guerras, idea contra la que **Nobel** se manifestó en innumerables ocasiones. ¿No servía también la dinamita para construir carreteras, ferrocarriles, canales, perforar túneles y explotar minas? ¿Por qué esa imagen personal tan negativa?

Paradójicamente (o como lenitivo), Alfred mantuvo estrecha relación con la pacifista austríaca **Bertha von**

Suttner, muy participadora en Congresos y escritos consagrados al desarme. Contra esta idea, **Nobel** proclamaba que, al contrario, la paz es una consecuencia de un gran rearme, como solución única y proponía *“inventar una sustancia o máquina con un poder destructor tan terrible que desechara para siempre la idea de la guerra”*.

Es posible que tal afirmación parezca una paradoja, pero, menos de un siglo más tarde, la amenaza atómica parecía confirmarla durante la guerra fría.

Así, en 1891, escribía a Bertha: *“Más fábricas podrían acabar con las guerras mucho antes que vuestros Congresos. El día en que dos ejércitos puedan aniquilarse mutuamente en un segundo, es lógico pensar que las naciones civilizadas se aparten de la guerra y disuelvan sus ejércitos...”*.

De naturaleza misántropa, se manifiesta preocupado por la felicidad de la Humanidad. Idealista y romántico en exceso, maneja su fortuna como un gran hombre de negocios, pero, millonario cortejado, adulado por sus contemporáneos, padece de soledad y considera que su existencia adolece de un gran vacío y pretende darle mayor sentido. Tal vez, por otro lado, se proponga ganar la admiración de Bertha, de la que en otro tiempo estuviera enamorado y ello le moviera a decir que *“estaba dispuesto a consagrar una parte de sus bienes a un premio que se concediera cada cinco años al hombre o mujer capaz de que Europa diera el primer paso hacia la idea general de la Paz...”*

El 14 de marzo de 1893 establece (sin la menor publicidad) un primer testamento según el cual recompensaría el descubrimiento más importante y original, o el desarrollo más notable, que se realizara en el campo del saber o para el progreso humano, designando a la **Academia Real de Ciencias** de Suecia como legatario principal para la concesión del Premio.

Es evidente que su propósito era firme y, dos años más tarde, el 27 de noviembre de 1895, especifica más la idea y establece en París (siempre

con la mayor discreción) una segunda versión que reduce los bienes reservados a su propia familia precisando lo que él entiende por *“esfera del saber”* y *“progreso humano”* como la Física, la Química, la Psicología o la Medicina, la Literatura y la Paz.

En aquella época no era normal un testamento de tales características reduciendo el legado a la familia, pero ¿cuál era su familia? **Alfred Nobel** nunca estuvo casado ni tuvo hijos y la confianza en la competencia financiera de sus hermanos era muy limitada. Por otro lado, nunca fue partidario de la transmisión de la fortuna por herencia ya que *“con demasiada frecuencia va a incapacitados y sólo aportan calamidades por la tendencia a la ociosidad y la vagancia que engendran en el heredero”*. Era más positivo destinarla a obras útiles para la Humanidad y, para un industrial positivista ¿qué mejor que la Ciencia y particularmente las Ciencias Naturales?

“Propagar el saber es propagar el bienestar, es decir, el bienestar general, no la prosperidad individual. El avance de la investigación científica conducirá a que la única guerra a la que la Humanidad se enfrentará en el futuro será contra los microbios...”

Es evidente que, aunque nunca hubiera frecuentado la Universidad, **Nobel** amaba las Ciencias, especialmente la Química (a su muerte había registrado nada menos que 355 patentes) y la Física. La fragilidad de su salud despertó también en él un elevado interés por la Medicina y la investigación médica y psicológica.

En 1890 aportó 50.000 coronas al **Instituto Karolinska** para crear un fondo a la memoria de su madre Andrietta, fallecida el año anterior, para la investigación en todas las ramas de las Ciencias médicas y *“facilitar la utilización de los frutos de tales investigaciones en la enseñanza y la literatura médica...”*.

Su pasión por las Letras era muy anterior. Siendo adolescente escribió sus primeros poemas en inglés. Uno de ellos, autobiográfico, al que tituló *“You say I am a riddle”*, constaba de 319 versos, lo escribió a los 18 años, y describía su pasión por una joven y bella parisina. Dejó una biblioteca con más de 1.500 volúmenes, la mayor parte obras de ficción en su lengua original. (Hablaban sueco, francés, ruso, alemán e inglés). Sin embargo, su primer testamento de 1893 no contemplaba la Literatura.

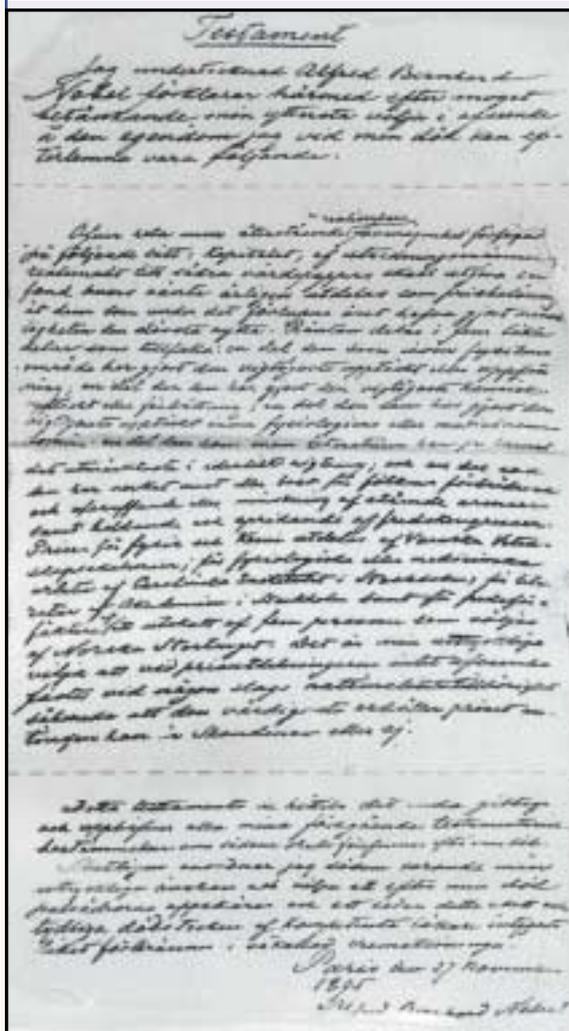
Durante 1895, con 62 años, aun sintiéndose perezoso para escribir, concluye una tragedia a la que tituló *Némesis*. Después de su muerte, se editaron cien ejemplares, que posteriormente fueron destruidos (salvo tres) por deseo de su familia.

Al atardecer de su vida, el industrial se convierte en idealista, romántico y soñador introvertido para perjuicio de sus herederos, quienes en diciembre de 1896, descubrieron sus últimas voluntades... Falleció en San Remo.

En 1968, y a propuesta del **Banco Central** de Suecia, en el III Centenario de su fundación, el Gobierno sueco fundó el sexto Premio, el de Econo-



Bertha von Suttner



El testamento

“El resto de mi fortuna disponible se empleará como sigue: El capital será invertido por mis ejecutores testamentarios en inversiones seguras y constituirá un fondo cuyos intereses se distribuirán cada año en forma de premios destinados a personas, que, a lo largo del año precedente, hayan aportado el mayor beneficio a la Humanidad. Dichos intereses se dividirán en cinco partes iguales, como sigue: una parte a la persona que haya realizado el descubrimiento o invención más importante en el campo de la Física; una parte a la persona que haya realizado el descubrimiento o avance más importante en Química; una parte a la persona que haya realizado el descubrimiento más importante en el campo de la Psicología o de la Medicina; una parte a la persona que haya producido, en el campo de la Literatura, la obra más destacada de inspiración idealista; y una parte a la persona que más haya contribuido a la fraternidad entre las naciones, a la abolición o a la reducción de los ejércitos permanentes y a la organización y promoción de Congresos para la Paz.

Los premios de Física y Química serán asignados por la Academia Sueca de Ciencias; el de Fisiología o de Medicina, por el Instituto Karolinska de Estocolmo; el de Literatura, por la Academia de Estocolmo; y el de Héroes de la Paz, por un Comité de cinco personas elegidas por el Parlamento Noruego. Yo deseo expresamente que en la atribución de los premios no se tenga en cuenta la nacionalidad de los candidatos de forma que sea el más digno de ellos quien reciba el premio, sea o no escandinavo [...]

mía, que, desde 1969, concede la Academia Sueca de Ciencias.

El dilema de los Nobel

Si bien la condición inicial era “que durante el año precedente, hubieran hecho el mayor bien a la Humanidad”, según los Estatutos de la Fundación Nobel (planteados tras la muerte) el premio debería recompensar los “éxitos más recientes” en los campos afectados. Esta nueva interpretación no coincidía con los propósitos del sabio por lo que, a pesar de su relativa libertad de movimientos, los Comités no siempre han llegado a satisfacer esta exigencia.

En 1972, Zuckerman calculó que la edad media de los premiados americanos era de 51,1 años y que el lapso de tiempo medio transcurrido entre la fecha del descubrimiento y la concesión del Premio era de 11,9 años.

Dos de los Premios Nobel daneses confirman el cruel dilema al que

se enfrentan los Premios científicos. Por un lado, respetan la voluntad expresada por Nobel de recompensar algo verdaderamente nuevo y benéfico y, por otro lado, el temor de desnaturalizar el premio con una atribución tan rápida. En 1903, el premio de Medicina se concedió a Niels Finsen por su tratamiento de la tuberculosis cutánea de terrible desfiguración denominada *lupus vulgaris*. Dicho tratamiento, a base de rayos producidos por lámparas de arco, prometía un futuro esplendoroso, pero su investigación resultó muy superficial y las ideas preconcebidas no permitieron a Finsen conocer las razones por las cuales sus lámparas curaban la enfermedad. Años después, este tratamiento quedó abandonado ante métodos más eficaces y es poco probable que un Comité recompense un tratamiento tan poco fundamentado en el plano teórico. Sin embargo, Finsen contaba con su juventud y el sentido de iniciativa, contrastados con un éxito indudable de su tratamiento. En este sentido, fiel a la voluntad de Nobel, la recom-

pensa constituía un verdadero Premio Nobel.

El Premio de Medicina de 23 años después, tendría lugar el que hoy se considera como uno de los mayores desaciertos del sistema Nobel. Atribuido a Johannes Fibiger, premiaba la primera creación experimental de tumores cancerosos en ratones sanos. A través de sus investigaciones, Fibiger acababa de abrir un nuevo campo de investigación en el conocimiento de la evolución de los distintos tipos de cáncer. Lamentablemente, nadie acertó en aquel momento a reproducir sus experimentos y en 1927, cuando Fibiger recibía su Premio, (concedido el año anterior) el Comité Nobel de Fisiología y Medicina vio cómo se reprochaba su precipitación. No cabe duda de que, si Alfred Nobel hubiera tenido conocimiento de los sorprendentes resultados de Fibiger y de la emoción que produjeron, habría tenido el placer de servirse de su premio para promover la nueva posibilidad de investigación contra tan terrible enfermedad. ■